

Mención en Narrativa.

# Efectos del espejo

Nedy Cristina Varela Cetani

Se miró al espejo. Allí no había engaños. Cada vez que se miraba en su sitio, la papada caída, el terrible surco de la arruga en su frente. En fin, más valía no mirarse mucho porque cada día parecía agregar un nuevo desastre a su imagen.

No lograba entender a su amigo Javier con su sermón repetido diciendo: “lo mejor lo llevamos adentro”.

De tarde se juntaban en el bar. Ambos, solterones empedernidos, compartían el café, y largas charlas existenciales. Javier no era lo que se dice un “Adonis”. El pelo se le agrupaba en ovillos, con numerosos valles de “cero pelo” entre ellos, formando una corona bastante graciosa. Cuando se despertaba, esas matas raleadas quedaban paradas dándole un aspecto de “monstruo del espacio”. Sus cejas eran también bastante escasas y sus ojos tan pequeños que cuando sonreía había que mirarlo bien, para ver si estaban abiertos o cerrados. La nariz, gruesa y carnosa, no encajaba en su cara delgada y larga. Los labios no se notaban y cuando sonreía los dientes parecían granos de arroz en sus encías. Además, caminaba con un poco de dificultad, porque tenía la espalda encorvada. Sin embargo, se consideraba el hombre más feliz del mundo.

Gustavo sabía que era cierto. No existía persona en el pueblo que no saludara a Javier con alegría, no había quien no lo apreciara. Todos decían que tenía un corazón de oro, un alma pura, un espíritu..., en fin, sus valores interiores parecían imponderables.

Donde fuera Gustavo recibía halagos, pero dirigidos su amigo.

-Vos sí que tenés suerte en tener un amigo como Javier -le decía el almacenero de la esquina, y agregaba: -lo que vale es lo de adentro, ¿no te parece?

Gustavo se preguntaba: ¿será cierto que cuando lo gramamos mirarnos por dentro, es allí que nos descubrimos? ¿Será por eso que Javier es tan feliz? Se vio por dentro y se dio cuenta que, como decía el nono: “lo de afuera son puras caretas”.

El espejo de Gustavo, igual insistía en mirarle la cara todos los días. Quería ver si lograba verlo un poquito fe-

liz. Él sabía que algo de la felicidad que Javier irradiaba le haría mucho bien.

Una mañana Gustavo se levantó decidido a mirarse por dentro, se paró frente al espejo y abrió grande la boca, pero sólo logró verse hasta la campanilla y nada más. El espejo quedó todo empañado. Refunfuñando, lo tuvo que limpiar para poder afeitarse.

La pregunta lo seguía a todas partes, ¿cómo seré por dentro?

Nadie dice nada de mí, siempre he pasado inadvertido. Todos estos años... ni siquiera mis viejos me dieron mucha bola. Para las minas parece que no existo. Sin embargo Javier, pelado, jorobado y feo, siempre liga...

La tranquilidad del pueblo se vio estremecida una mañana, con la llegada de un circo. Los parlantes colocados en un carrito detrás de una bicicleta con banderines multicolores, recorrían la calle principal, anunciando la primera función del domingo.

Para Javier la llegada del circo fue como despertar a un niño grande.

Gustavo estaba trabajando en el taller del fondo de su casa cuando sintió el timbre sonar insistentemente. Corrió hacia la puerta pensando que pasaba algo grave. Al abrir vio a Javier más despeinado que nunca, invitándolo a la función del circo del domingo. Gustavo aceptó, pero no de muy buena gana, porque no le gustaban las multitudes.

Al cerrar la puerta la idea le volvió. Casi cuarenta... y no sé quien soy, no me conozco. Sólo veo la cáscara del imbécil que me mira en el espejo. ¿Valdré la pena por dentro? Lo de afuera me lo veo todos los días y no me convence... Quizás si logro conocer mi interior y ver todos mis valores... a lo mejor...

Salió de golpe de sus pensamientos, al recordar que tenía que comprar el repuesto antes de que cerrara la ferretería.

El domingo llegó al pueblo más rápido que de costumbre. Una carpa multicolor con miles de banderas se ubicaba en el espacio que quedaba libre en una esquina, a media cuadra de la calle principal. Faltaban varias horas para el comienzo del espectáculo. La tibieza del sol

del mediodía invitó a Gustavo a estirar las piernas hasta la plaza. En su camino se atravesó un hombre con la cabellera casi blanca, vestido como un cavernícola. Se detuvo, y tomando una antorcha encendida la metió en su boca. Acto seguido, alejó el fuego de su boca y ante los ojos atónitos de Gustavo tomó una espada que traía en un cinturón de cuero y se la tragó. Hizo una reverencia, mientras el mango de la espada permanecía en su boca, y le alcanzó un volante. Finalmente, se quitó la espada de la boca, hizo otra reverencia y se marchó.

“EL CAVERNÍCOLA, DEVORA FUEGO, TRAGA SABLES. NO SE LO PIERDA HOY EN EL GRAN CIRCO REX”.

Gustavo leyó el volante, pensó un poco y se encaminó hacia el circo.

-¿Quién es el encargado?- preguntó.

De una de las carpas salió un hombre obeso de larga barba.

-Yo soy el dueño – le dijo -¿Qué desea?

-Tengo el volante del circo y quisiera hablar personalmente con “El cavernícola”, porque quizás él me pueda enseñar a comer espejos para conocerme mejor por dentro.

El encargado lo miró, primero con asombro, creyendo que era una broma, pero luego, si lo que decía aquel hombre era cierto, no era mala idea encontrar un número que complementara el de “El cavernícola”, que ya estaba un poco viejo.

En la siguiente gira el circo tuvo un número más de ilusionismo, aplaudido y reconocido en todo el país.

Gustavo era feliz, pudo verse al fin por dentro con espejos de todos los tamaños.

Javier me hizo llegar la invitación del Circo que pronto se presentará en nuestra ciudad: “VEA AL PRÍNCIPE GUSTAVO, EL COME ESPEJOS MÁS GRANDE DEL MUNDO, TODOS LOS DOMINGOS EN EL GRAN CIRCO REX”.

Mención en Narrativa.

## Un río de fe

Mario Londinsky

En la puerta de la sala se podía leer (o adivinar), en un despintado cartel de acrílico: “Sala 21- Cirugía”. Adentro, en camas vecinas, el paciente de la cama cuatro (amputado del pie izquierdo por “complicación de una diabetes”, según le dijo el cirujano), dialogaba airadamente con el de la cinco, candidato a una cirugía similar en los próximos días.

-No me venga con cuentos don Eustaquio, ustedes los de Treinta y Tres han exagerado tanto con ese río que dentro de poco va a ser más grande que el Paraná o el Amazonas ¡déjese! ¡por favor!

-No, no, no, compañero no se confunda, el Olimar no es tamaño, es otra cosa, como le voy a explicar... Es como dicen ahora los muchachos, un sentimiento. Usted toma agua del Olimar desde chico y se va criando allí en ese pueblo, ¡y que quiere que le diga!, no es fácil de explicar. Hay que sentirlo, hasta protegido por el río uno se siente.

-¿Protegido?, pero déjese don Eustaquio, ¿no ve como estamos?, ¿no ve como estoy yo?, y como va a estar usted en unos días. ¡Por favor!

Recién se iba despertando de la anestesia cuando vio que desde la puerta, iban entrando a la visita, como en procesión, un río de túnicas blancas que se acercaban a su cama.

Tanteó debajo de la sábana, y para su sorpresa tenía cada pie en su lugar.

Cuando pararon frente a la cama cinco el residente comentó: -No hubo que amputar, se le hicieron tres by pass.

-Tres ¿qué? Pregunto don Eustaquio.

-Tres puentes, viejo, tres puentes.

Don Eustaquio miró a su vecino, y con una guiñada cómplice, le dijo: “tres puentes ¿vio?; como el Olimar”.